

A alguna distancia de aquí, los restos de otro edificio, que me parecen también de templo, llaman igualmente mi atención, aunque está mucho más arruinado que el anterior.

He examinado alternativamente los despojos de los cuatro restantes monumentos. El más notable es un mausoleo construido con magníficas piedras, y cuyas bases tan solo quedan en su lugar. De forma rectangular, mide 10 pasos de longitud y 8 de latitud. La inscripción que se había grabado en él, ha desaparecido sin duda bajo los sillares que formaban la parte superior de la cara principal.

Finalmente, una piscina, á que se baja por diez gradas, atestigua por el enlace y orden regular de los sillares con que fue construida, un trabajo antiguo que no carece de importancia.»



Una plazuela en Túnez.

nos causara tanta alarma, cuando vimos aparecer de pronto hasta unos treinta ginetes armados. Uno de ellos se destacó del grupo, y yo mandé salir á su encuentro á mi dragoman y á mi guía. Parlamentaron los tres algunos instantes, y volvió el intérprete asegurándonos que no teníamos nada que temer, con tal que cambiáramos de dirección.

—¿Por qué? le pregunté.

—El jeque con todo el adhuar, no quieren que volvamos á pasar por el sitio en que fue fusilado el beduino.

—Está bien.

El jeque, que había permanecido inmóvil entre su caballería y la nuestra, vino entonces á complimentarme, y volviendo luego á la cabeza de su gente, les mandó una evolucion y los vimos alejarse al paso, arma en mano y vista hácia nosotros. ¡Adios ó al diablo!

No me gustan los peligros inútiles, ni los que nos aseguran en sus novelas que aman este género de emociones. El valor es muy bueno en su lugar, en su

tiempo, cuando es necesario: fuera de razon y de justicia, no es más que temeridad, sino un instinto feroz.

Partimos ya de día. Desde el templo de *Djugar* á Cartago hay tres jornadas de camino, distancia que da la medida de los antiguos acueductos. *Mohammed-Bey* había decidido reconstruir estas prodigiosas obras; pero la muerte lo sorprendió apenas comenzadas.

Su sucesor *Sidi-Saddock-Bey* la ha continuado y la lleva á feliz término. Así Túnez tendrá muy en breve agua en abundancia, gracias sobre todo á dos franceses, ingenieros de mérito, Mr. Collin y Mr. Du-bois que hizo los estudios preparatorios.

A la vuelta de nuestra expedición quisimos hacer alto detrás del *marabut*, donde se había introducido el ladrón de la aventura. Los beduinos tienen mas vista que nosotros. Desde el fondo de la gran planicie nos habían ya descubierto y seguían todos nuestros movimientos. Veníamos recordando la aventura que

tiempo, cuando es necesario: fuera de razon y de justicia, no es más que temeridad, sino un instinto feroz.

Todavía pasamos un día en el pueblo de *Zahaguan*, donde tomo algunos apuntes, y después de una buena noche de reposo, enderezamos hácia Túnez.

He contado mi aventura á Mr. Leon Roches, quien me ha obligado á hacer una exacta memoria de este drama, en cuya virtud creo que el bey ha espedido órdenes y gente para castigar á aquella tribu salvaje.

Un mes después reproduje en cuadros los monumentos que habíamos reconocido. Su alteza me gratificó espléndidamente, y en prenda de su alta consideración, me condecoró con la cruz de oficial de su orden.

Quince días reposé de la fatiga del viaje, y una bella mañana de setiembre dí mi adios de despedida á Marsa. Cuando se deja un lugar agradable para volver á su patria, se siente en el corazón una especie de combate que tiene algo de dolor y de placer. Yo no podía separarme friamente de un país tan poéticamente bello; pero ¡ay! volvía á mi Francia.

A. CRAPELET.



Doncellas de Taka.

VIAJE A TAKA,

(ALTA NUBIA)

POR MR. GUILLERMO LEJEAN.

1861.

I.

Camino de Sausken.—La Khala.—Fillk.—Un cónsul muerto y resucitado.—Mallen Chirghis.—*Alla franca*.—Un abisinio principal y un vagabundo francés.—El jeque de los Hadenddas: política egipcia.—Una mujer de buen consejo.—El honor de la bandera egipcia.

Bajo la impresion de mi reciente tránsito diagonal de Suaken á Khasala, tracé algunos bosquejos del desierto de la Nubia. Una comision oficial me llevó otra vez este año á la misma region, permitiéndome reanudar relaciones con esa Africa terrible y encantada que no se llega á olvidar nunca, y cuyo recuerdo me causa hasta en París largas horas de nostalgia.

Mi primera reseña, escrita en una época en que el

TOMO III.

Africa me era menos familiar que hoy, deja vacíos que tenia que llenar; y hé aquí el motivo que me conducia el 16 de febrero de 1860 por el camino de Sauaken á Khasala que ligeramente había estudiado en 1860. Vuelvo, pues, á tomar este itinerario desde el punto en que cesa la parte circunstanciada de la primera reseña, es decir, á cinco jornadas antes de Khasala, por donde el camino, después de haber cortado perpendicularmente el pintoresco vallecillo de Omlé, se separa del macizo de los montes Langheb. Llábase este paraje *Togoy*: yo, por mí, ignoro la significacion de este nombre en la lengua *bidja* (trogodítica). Las aguadas de la Nubia tienen en general nombres muy raros que envuelven ciertas tradiciones. De los dos pozos que hay antes de *Togoy*, el uno se llama *Hijo del blanco, bebe*; el otro *Hijo del*

negro, no te acerques.—Ya veis, señor, me decía el africano que me traducía estos nombres, al pobre negro no se le ofrece agua como al blanco.

En *Togoy* me detuve un momento para bosquejar rápidamente el terreno que me rodeaba y gozar de un punto de vista que no debía volver á encontrar en mucho tiempo. El circo de *Togoy* marca, en efecto, la transición de las montañas desnudas y áridas del *Orba-Langheb* á la llanura cuya blanca arteria forma el *Gach*. La regularidad monótona de las colinas de asperon y esquita, desnudas y rojizas, generalmente orientadas Noreste Suroeste, corriendo al través de pequeñas planicies de casquijo, por donde asoma de trecho en trecho el granito entre silvestres mimosas, está alterada por las agudas líneas de las montañas, que muestran al Este y al Sur sus crestas y moles surcadas por hondas vertientes y pobladas de bosques, cuya espesura aumenta hácia el Mediodía. Estas montañas graníticas, cuyas pendientes son completamente lisas, desesperan al viajero, á quien desde lejos parece ofrecen facilísima subida. Dos bellas hileras de *dum* (1) que van á reunirse tras de las rocas del Nor-oeste, no lejos de un monte colinado que llaman *Otba*, marcan el curso de los dos torrentes que forman el *Togoy*. En el fondo se estiende una abertura al través de la cual y por encima de las redondas y amarillas cúspides de las colinas, se columbran las altas y azuladas montañas, que llaman *Sotirba*.

Sucesivamente fui atravesando el *Togoy*, el grande y pequeño *Telgo*, y despues de haber pasado este último torrente, entré en un terreno de esquitas alternadas con algunos filones de mármol calcáreo de singular belleza. Los bloques, confusamente esparcidos en la llanura, resaltaban vivamente por su blancura jaspeada de azul sobre el sombrío fondo de las esquitas, recordando ciertas ruinas de la Grecia y del Asia Menor: un *effendi* que me acompañaba hizo la misma observacion. Aquella noche acampé en *Fakeda Tamyam*, que Burckardt llama *Fakedol*, y que tiene unos treinta pozos de agua potable; pero que no es, hablando propiamente, un lecho de torrente. El torrente que desciende de las montañas del Sur, y cuyo curso está indicado por grupos de palmeras, se estiende libremente en la llanura abriéndose caprichosamente un lecho que varía cada año. *Fakeda* señala

(1) El lenguaje familiar de los franceses establecidos en el Sudan ha admitido ciertas palabras árabes que serian ininteligibles al lector, sino las explicáramos aquí *Kharif* (estacion de las lluvias de verano).—*Khor*, torrente que está en seco casi todo el año.—*Dum*, especie de palmera (crucifera thebaica).—*Tarfa*, tamarisco.—*Faki*, plur. *fogara*: sacerdote musulmán.—*Takruri*, plur. *tokarir*, negro musulmán del Sudan central.—*Angareb* (en árabe) *alga* en absinio, especie del lecho-canapé con correas de cuero ó de piel de hipopótamo.—*Tukul*, cabaña redonda con techo cónico de los campesinos senarienses.—*Kief* ó *Kef* siesta.

además el paso de la region montuosa, que queda al Este, á la estensa llanura que comenzando allí no termina hasta las montañas de Meroe.

Repasando en mi memoria el país que habia atravesado en esta laboriosa jornada, y discurrendo sobre el proyecto de ferro-carril entre *Sauakin* y *Khasala*, deduje que esta seccion de *Togoy* á *Fakeda*, ríscosa, desigual, surcada de cien en cien metros por álveos de torrentes que debian arrastrar en la estacion de las lluvias grandes masas de arena y de casquijo, seria una de las mas costosas por sus dificultades, si no imposibles trabajos. Resta ver si me desmentirá el porvenir.

En *Fakeda* comienza una nueva region botánica. A las infinitas mimosas que habia visto desde *Langheb*, se mezclaban ya una multitud de especies de árboles, como el *tarfa*, amigo de las arenas y torrentes, el *sidr* (lotus nabak), con su pequeño fruto á que los árabes son tan apasionados, y cuyo sabor tiene algo de nuestras manzanas. Las parduzcas vainas y las flores amarillas del *sen* (*senna-meka*) se arrastran por las partes menos áridas del terreno, mientras que el *asclepias* enreda á los árboles sus tallos blanquecinos, sus verdes hojas y su engañoso fruto. A la magestad sombría de los paisajes del *Langheb* y de sus horizontes, limitados por muros de granito y adornados por numerosos grupos de palmeras, sucede otra naturaleza menos pintoresca, pero ofreciendo siempre ese carácter grandioso que nunca pierde completamente un paisaje africano. He experimentado, sobre todo, su influencia al atravesar el día siguiente la llanura sin fin, tapizada de menuda yerba, fina como la seda y alta hasta unas 4 pulgadas, que ondulaba al menor soplo del aura, mientras que un sol deslumbrador hacia flotar en lontananza las pequeñas y azuladas ondas de un espejeo que ni aun reflejaba al bosque fantástico de costumbre: tan lejos estaban aun los árboles. La impresion que esto causa al viajero acostumbrado al Africa es compleja, mas fácil de sentirse que de explicarse; pero en el fondo formidable. Aquel musgo dorado bajo un cielo de zafiro, no puede hacerle olvidar la horrible muerte que le aguarda si llega á perder la única via trazada por los pasos de las caravanas. Catástrofes de esta especie no tienen aquí ejemplo, porque exigirian un concurso de circunstancias funestas que no se ven casi nunca reunidas; pero basta decir que han podido acontecer sea siquiera una vez por siglo. Aquel suelo es, en efecto, de una aridez espantosa; los manantiales están muy lejos, y son solamente conocidos de los pastores; sobre todo, es menester estar muy familiarizados con la topografía del país para saber orientarse entre las dislocadas montañas que lleva siempre uno á la izquierda hasta el *Abu-Gamel*, semejantes á escollos flotando en el mar.

Despues de *Fakeda* hallé el *khor* de *Gadamaib*, donde hice la siesta á la sombra de los *tarfas*, y donde vi trazas de recientes cultivos de *durra*. El terreno es de aluvion, ligero, arenoso, gris y favorable por tanto al *durra* y algodón: los *khor* que no están encauzados y que conducen irregularmente sus aguas por un plano apenas mas bajo que el resto de la llanura, crean con la tierra arrastrada de las montañas estos aluviones tan estimados de los nómadas. A partir de *Gadamaib*, no volví á ver mas cultivos. En el *khor* de *Sarara* hallé los últimos *dum* ó palmeras de este camino: este *khor* como todos los que siguen, desemboca en el *Gach* muy lejos al Oeste. El terreno es un asperon arenoso atravesado por algunas vetas de granito y prominencias de cuarzo. La vegetacion apareció un poco menos pobre en el *khor* de *Togwan*, y al asperon sucedieron unas zonas de tierra crasa y negra, calcinada por el calor como la *nalka* de Abisinia. Excelente suelo, rico en materias orgánicas, pero demasiado compacto para el cultivo, á no esponjarlo con favorables abonos. Al ponerse el sol encontré un camello abandonado por una caravana que habia pasado hácia *Togoy*. Hacia ya tres días que estaba allí, y fui tan sorprendido como afectado de hallarlo aun vivo, á pesar de la sed que debia devorarlo. Comia con bastante afán la yerba que tenia á su alcance desde el sitio en que estaba echado acaso los tres días, y no tuve corazon para soltarle un tiro esperando que algun pasajero indígena podria hacerle levantarse si quiera á golpes y conducirlo al inmediato pozo.

Los nómadas no son crueles, pero respecto de sus camellos tienen una insensibilidad que contrasta con su afeccion por los caballos y demás reses de ganado; lo cual debe consistir en el carácter poco simpático de aquel pobre animal. Estraña mezcla de docilidad y salvajería, el camello sabe obedecer á su dueño, se arrodilla y se levanta á su indicacion; pero no tiene querencia á nadie. Su docilidad es estúpida y su cólera temible. Sus grandes ojos negros, ordinariamente tranquilos, brillan entonces con imponente esplendor y su rasgada boca abierta muestra dos hileras de agudos dientes; pero afortunadamente mas amenaza que muere. En cierta estacion llega á ser ingobernable y se echa con la cabeza baja en los matorrales mas espinosos á riesgo de saltarse los ojos y estropear al cabalgante; ó bien se escapa sin direccion por el desierto, donde al fin muere de sed con el desgraciado viajero que lo montara y que no tuvo la precaucion de matarlo al principio de su desenfrenada carrera.

Esta noche hice mi cama en las arenas del *Khor Mintaneb*, y el día siguiente, despues de una marcha fatigosa aunque corta, ví salir al través de un deslumbrador espejeo los tres grupos de chozas que forman el lugarejo de *Fillik*, capital predilecta de

los *hadendoas*, situada en medio de una llanura espantosamente escueta y árida. A distancia de un kilómetro escaso serpentea el ancho torrente de *Herbab*, de márgenes muy fértiles y sombreadas. Nunca he podido comprender el capricho de los nómadas que han ido á establecerse tan lejos del agua y de la umbría, á menos que hayan temido la vecindad de los leones y las hienas, que no dejan de abundar en estos bosques. *Fillik* se compone de unos treinta *tukules* fijos y unas ciento cincuenta tiendas que trasportan á otra parte en el invierno. En ausencia de *Chekh-Muza*, príncipe hereditario de los *Hadendoas* y verdadero sultan del país que se estiende desde *Khasala* á *Tokhar*, el lugarejo tiene por jefe á uno de sus parientes, el cual vino á visitarme procurando que no faltara nada á la caravana. El jefe hablaba poco, lo cual consistía, no solo en una prescripcion aristocrática, si que tambien en la ignorancia de la lengua árabe y acaso en las pocas simpatías que sintiera hácia un blanco, que en Nubia tanto vale como decir un turco, un tirano, un salteador.

Cuando *Burckhardt* vino á *Taka*, hace medio siglo, se detuvo en *Fillik*, que llama el mercado de los *Hadendoas*: los detalles que refiere no permiten ninguna duda sobre su identidad. *Fillik*, en efecto, era entonces la verdadera capital del Oasis, merced á la preponderancia de los *hadendoas*. El ilustre viajero lo tomó por punto de partida en sus itinerarios, que son generalmente exactos, aunque hayan sido mal interpretados por geógrafos que no conocen bien la Nubia. Indica perfectamente la situacion de *Ayaya* que no ha podido hallarse despues; porque los turcos la destruyeron como en su lugar diremos. Conoce vagamente el nombre é importancia mercantil de *Guedaref* que él llama *Gabarib*; y nos dice finalmente que estuvo tentado de ir á *Masana* al pasar por la via caravanera, poblada segun escribe con mucha exactitud, de razas semi-abisínicas muy dignas de ser estudiadas. Lo que le repugnó fue el estado de barbarie de esta poblacion, donde temia ser desvalijado, á cada paso, si no muerto: aun en *Taka* no se creía muy seguro.

Verdad es que la seguridad de los viajeros es muy distinta hoy bajo el régimen egipcio, de lo que era bajo el débil gobierno de *Sennar*, cuando las tribus indígenas vivian á toda su libertad, degollándose entre sí por el menor motivo y sorprendiendo á las caravanas para robarlas ó para exigir un crecido rescate por la libertad. Había, sin embargo, un recurso que ha durado hasta el día y que hubiera probablemente salvado á *Burckhardt* de todo peligro: era el *adhari*, recurso que reina tambien entre los somolies de Berbera. Un *adhari* es un garante que elige el viajero en la tribu, por cuyo territorio ha de pasar. El *adhari* debe suministrar al pasajero alojamiento,

agua, leña para guisar, debiendo tambien defenderlo como á un hermano propio, caso de ser ofendido en su persona ó bienes. En virtud de este servicio tiene cierto derecho fijo en los negocios que su cliente haga en el pais, si es mercader como sucede comunmente. Siendo cazador de elefantes, por ejemplo, el *adhari* devenga un tanto por ciento del producto de la caza, por cuya ganancia debe evitar que sus compatriotas se apoderen el elefante herido por su protegido, aunque haya ido á caer á las tiendas de aquellos. Un

jóven cazador suizo, Mr. Emilio G., muerto hace trece meses cerca de Khasala, habia aprendido á su costa, que es una economía muy mal entendida, ahorrarse los derechos del *adhari*. Sin esta proteccion, las dos terceras partes de los elefantes que habia cazado en Barka, le hubieran sido robados por los *beni-amer*, sin que hubiera podido hacer reclamacion ninguna.

Dejé atrás á Fillik siguiendo directamente el camino de Khasala, y torciendo luego á la derecha, me

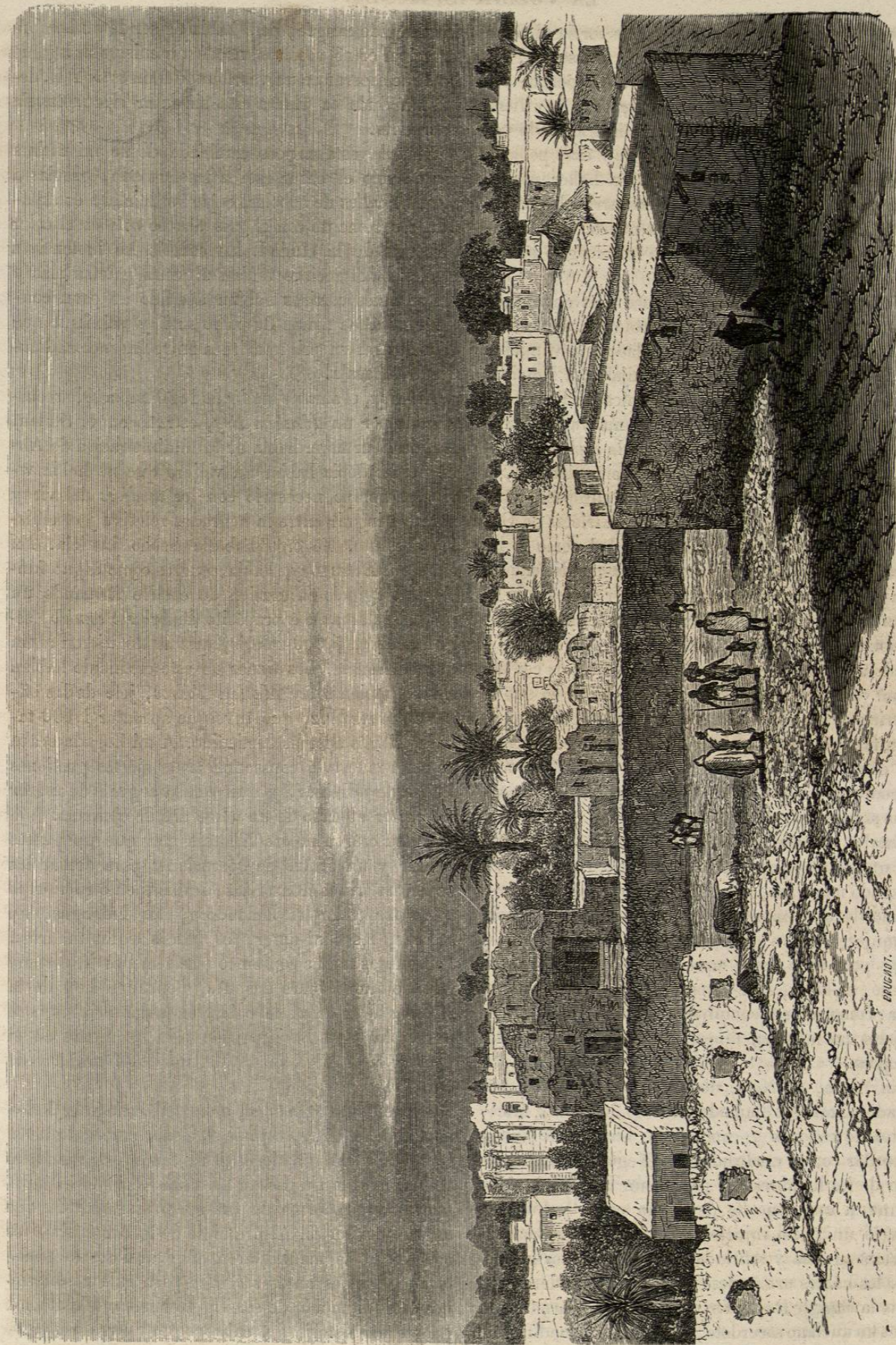


La Khala de Mintahués.

dirigí por medio de un frondoso bosque, llegando á una pequeña ciudad muy bien edificada, que llaman *Miktinab* ó *Mitkenab*, capital oficial de los hadendos en concepto de los egipcios que tienen en ella un representante y una guarnicion permanente. La proximidad de esta poblacion oficial no es muy agradable al altivo príncipe de la alta Nubia *Chekh-Mohammed*; así que reside mas á su gusto en Fillik como ya lo he dicho. Yo llegué hácia la puesta del sol; como era en tiempo de *ramadan*, los oficiales civiles y militares iban á comer y sin informarse de mi calidad, me invitaron graciosamente á acompañarlos. Hablamos de los acontecimientos del dia, de los cuales era el principal la llegada á Khasala de cierto conde de B., que bajo los auspicios del gobierno egipcio, intentaba una empresa, cuyo objeto no he llegado nunca á conocer. Iba escoltado por unos sesenta hombres, organizados militarmente y reclutados en Francia y en Egipto. Mis *effendis* decian sin reserva que llevaba una mision secreta del gobierno francés para

libertar ó vengar al cónsul de Francia, prisionero á la sazón bajo la autoridad de Teodoro II, Nego (emperador) de la Abisinia. Otros decian que el cónsul habia muerto ya en la prision. «No lo creo, contesté modestamente, puesto que ese cónsul que ustedes suponen muerto, soy yo.» Renunció á describir la sorpresa de los *effendis*: el mismo Saladino que hubiera resucitado, no les hubiera sido mas imponente. No dejaron, sin embargo, de seguir haciendo conjeturas respecto á la campaña futura del conde B. y de los egipcios, puestos por el virey bajo sus órdenes. *Inch'allah* (ojalá), decia uno de ellos que el sultan de los abisinios reciba una buena leccion y que tenga pronto en Gondar una *mudiria* (prefectura egipcia). ¡*Inch'alla!* repetian patrióticamente los otros. Despues nos retiramos á dormir.

El dia siguiente hicimos doce horas de camino monotonamente por una llanura de aluvion, en parte cultivada desde Miktinab hasta el torrente de Herhub, arenosa y árida desde el torrente hasta el lecho del



Vista de Khasala.